

## EL ALCOHOLISMO EN CUBA

Dr. Emilio Bogani Miquel

### «A KISSINGER, CON DELIRIUM»

De los días 7 al 21 del pasado mes de marzo fui invitado por el Ministerio de Salud Pública Cubano, para conocer la asistencia psiquiátrica en dicho país.

En principio mi interés iba dirigido específicamente al tema del alcoholismo. Pero a poco de llegar recibí un jarro de agua fría: en Cuba no hay PROBLEMA de alcoholismo. Me resultaba difícil aceptarlo. Sobre todo a mí, que vivo inmerso en dicha patología desde hace años y en una sociedad eminentemente alcoholizante.

Antes de informarme de cómo funcionaba el resto de la psiquiatría, decidí investigar, preguntar, inquirir, exhibiendo una desconfianza irónica y llena de suficiencia por si con ello levantaba una liebre oculta y ebria. Pero todo fue vano. En Cuba no hay problema de alcoholismo.

Así las cosas, decidí no volverme de vacío y... hacer lo único que podía: averiguar por qué la pandemia alcohólica había respetado a dicho país.

Acostumbrado a situar el fenómeno social del etilismo en un contexto socio-cultural y sabedor de que La Habana —dicen— fue el prostíbulo de la burguesía yankee, me resultaba difícil aceptar, que al menos durante la etapa de Batista, en la isla no hubiera bacanales y borracheras. Por lo visto, aunque hubiera sido así, el problema se circunscribía a los americanos.

¿Cuáles son pues las causas de que un país tan próximo a la «madre Patria» no haya heredado todas sus «esencias»?

En mi opinión son estas: en Cuba no hay viñedos. Cuba importa poquísimo vino. En realidad se considera un artículo de lujo, ya que sólo con agua los pueblos medran e incluso lo hacen mejor. ¿Ventajas del subdesarrollo, o... ventajas del sentido común?

Pese a haber heredado nuestro sentido del machismo —que por cierto, el Gobierno Revolucionario denuncia y critica— éste, se circunscribe al requiebro castizo y al piropo; pero no apuestan quién bebe más y sin respirar. Por lo tanto, en las crónicas negras, nadie muere como un «macho» por ingerir sin respirar litro y medio de «cosa de hombres» o cualquier otro licor.

Allí tampoco corren delante de los toros con el fuego en la sangre como en los San Fermín. Cuando tocó correr, eran ellos los perseguidores y estaban serenos.

Y es que realmente al pueblo cubano se le pone el alcoholismo muy cuesta arriba. Las plantas bajas en la madre Patria se reparten ordenadamente, como de todos es sabido, del modo siguiente: un Banco, una tienda de electrodomésticos, una Iglesia y... un bar. Pues bien, allí en las plantas bajas tienen Comités de Defensa de la Revolución. Que ¿qué son? Asociaciones voluntarias de vecinos nacidas para combatir los sabotajes que proliferaban en los primeros años de la Revolución. ¿Y de qué sirven hoy que cuajó el socialismo? Pues se encargan de la salud pública, la educación, la higiene, los servicios de la comunidad, etc... La calle, la manzana, el barrio, etc..., a través de estos Comités ha aprendido a dialogar, a convivir, a autocriticarse y a programarse.

Dicen los cubanos que hacen psiquiatría en la comunidad. Lo más curioso de este aserto, es que es cierto. Por lo tanto, saben realmente lo que acontece en materia de salud mental en el hogar más recóndito y en parte gracias a la colaboración de los precitados Comités. Y siguen insistiendo en que el alcoholismo no constituye problema.

¿Acaso no se puede beber en Cuba? Sí. Se puede beber. Pero pagándolo caro, aunque no al precio de una cirrosis. Por 80 pesetas puede degustarse una cerveza (de marca desconocida, puesto que no existe la publicidad) y por el doble una copichuela de ron.

¿Y nuestro vino de las comidas? También. Pero ruso, de importación y a 160 pesetas el vasito. Eso sí, con sorpresa. Un día es blanco, otro rosado, o tinto. Y a mayor «inri», cuando te dicen que es seco, recuerda la mistela. Si por azar lo pides a pesar de ello, resulta que ese día parece caldo riojano de las mejores cepas. En fin, que con un dedal de vino, te marean.

Tal vez con mi tono festivo desorienté a algún lector. Ruego que me perdone y voy a intentar serenarle. La razón oculta de esta sobriedad «patológica», a mí se me antojó hija legítima del sistema.

En Cuba no hay un millón de parados, tal vez ni siquiera uno sólo. En Cuba no queda tiempo para el ocio; cuando termina el horario laboral, nuestro hijo Patria dedica su tiempo a leer, a convivir o a construir de gratis, una de esas 290 escuelas que han levantado en los tres últimos años. De modo que si no hay tascas y el tiempo libre es constructivo, ¿cómo beberse el ocio?

Los cubanos son seres tranquilos, con un ínfimo nivel de ansiedad. Hay pleno empleo, hay seguridad en el futuro, la enseñanza es gratuita, también la medicina y los teléfonos públicos. Barata la comida, la vivienda y el transporte. Ni siquiera son capaces de competir. Cuando deciden forzar su laboriosidad no se les ocurre pensar en los dividendos o el provecho propio, sino en su aporte a la colectividad. No compiten, se estimulan. No se evaden, sino que se realizan. ¿De qué sirven en un país así las drogas como mecanismo de alienación?

Si las gentes participan de buen grado en una realización común sin posibilidades de intenciones individualistas, ¿no significa que están realizándose, que están construyendo una sociedad para todos? ¿Cómo ¡sangre de Cristo! puede llegarse al alcoholismo donde no hay tascas, se critica el machismo, se controlan preventivamente los deslices étlicos, un vaso de vino cuesta «un riñón», pero no «un hígado», la psiquiatría está a la vuelta de la manzana y gratis, la ansiedad fruto de la inseguridad no ha lugar, la competencia no conlleva premio y la mística del pueblo es la participación en el acerbo colectivo?

Por si algo fallara en la salud pública cubana se ha puesto en marcha una campaña de control asistencial por parte de los pacientes y de sus familiares. La llaman «optimización de la asistencia». En encuestas sistematizadas, el paciente o la familia elevan sus quejas en cuanto al trato, la puntualidad, la espera, etc... ¿Imaginan ustedes si por un momento la Seguridad Social española hiciera lo mismo? ¿Dónde nos esconderíamos los médicos?

A veces, el hijo no sale tonto aunque lo sean los padres.